



Book review:

**REBOLLEDO-GÁMEZ, T., & CÁRDENAS-RODRÍGUEZ, R.
(COORDS.). (2025). *EDUCACIÓN SOCIAL: TEORÍAS Y ÁMBITOS
PARA LA INVESTIGACIÓN E INTERVENCIÓN
SOCIOEDUCATIVA*. OCTAEDRO**

Rebolledo-Gámez, T., & Cárdenes-Rodríguez, R. (Eds.). (2025). *Social education: Theories and areas for socio-educational research and intervention*. Octaedro.

FRANCISCO-JOSÉ BORGE-MORÓN¹

Toda obra que busca sistematizar el conocimiento de una disciplina, especialmente una tan dinámica y contextualmente sensible como la Educación Social, se enfrenta a una doble tarea: por un lado, debe ofrecer un anclaje firme en los fundamentos teóricos, históricos y metodológicos que definen su identidad; por otro, ha de ser capaz de cartografiar los territorios emergentes, las tensiones no resueltas y los horizontes de posibilidad que la impulsan hacia el futuro. La obra Educación Social: teorías y ámbitos para la investigación e intervención socioeducativa, coordinada por Teresa Rebolledo-Gámez y Rocío Cárdenes-Rodríguez, no solo acomete con solvencia esta doble empresa, sino que la trasciende. Lo que a primera vista se presenta con la humilde y necesaria vitola de manual universitario, se revela tras una lectura atenta como un sutil pero contundente manifiesto sobre el lugar político, ético y pedagógico que la Educación Social está llamada a ocupar en las sociedades del siglo XXI.

Publicado por Octaedro, el libro se articula como una polifonía de voces expertas que, desde la praxis docente e investigadora, componen un mapa actualizado de la disciplina. Sin embargo, este ensayo argumentará que su principal contribución no reside únicamente en la exhaustividad de su contenido, sino en la tesis implícita que vertebría sus capítulos: la afirmación de la Educación Social como una pedagogía de la justicia social, cuya acción es

¹ Universidad de Sevilla. Contacto: fjborge@us.es



indispensable no solo en los márgenes del sistema, sino en su mismo corazón, particularmente en la institución escolar. La obra, por tanto, no es solo un mapa de lo que es

la Educación Social, sino una brújula para lo que debe ser: una praxis comprometida con la garantía de los derechos, la equidad radical y la construcción de una ciudadanía crítica y global.

Para desarrollar este argumento, el presente ensayo bibliográfico se estructurará en cuatro grandes ejes de análisis, utilizando los capítulos del libro como punto de partida para un diálogo extendido con la literatura académica y los debates profesionales del campo.

Una disciplina que aspira a intervenir en la complejidad social necesita, ante todo, un sólido autoconocimiento: una conciencia clara de sus orígenes, sus valores y los principios éticos que guían su acción. La obra coordinada por Rebolledo-Gámez y Cárdenas-Rodríguez demuestra una profunda comprensión de esta necesidad al dedicar sus capítulos iniciales a cimentar la identidad profesional. Lejos de ser un mero trámite introductorio, esta sección constituye una declaración de principios. Se argumenta que la legitimidad de la Educación Social no emana únicamente de su eficacia técnica, sino de su compromiso ético-político con la dignidad humana y los derechos de la ciudadanía.

El capítulo inaugural, a cargo de Teresa Rebolledo-Gámez sobre la "Profesionalización de la Educación Social", es paradigmático en este sentido. El análisis del Código Deontológico va más allá de un simple listado de normas; se presenta como la materialización de un pacto social y la explicitación de una praxis reflexiva. Esta noción de praxis, entendida como la dialéctica indisoluble entre acción y reflexión, es fundamental. Implica que el educador social no es un mero aplicador de técnicas, sino un intelectual crítico que constantemente teoriza desde su práctica y practica desde su teoría, ajustando su intervención a la singularidad de cada sujeto y contexto. La deontología no es un corsé, sino una herramienta para la deliberación en la acción, un marco que permite al profesional navegar por los dilemas éticos inherentes a una práctica que se desarrolla en la "frontera". El texto insiste en que la ética no es un añadido, sino el núcleo mismo de la competencia profesional, lo que diferencia al educador social de otros agentes de intervención y lo sitúa en un lugar de responsabilidad fiduciaria con las personas y comunidades a las que acompaña.

Esta defensa de una identidad fundamentada en la ética se complementa con una necesaria mirada genealógica. El capítulo que recorre la historia de la educación de personas adultas en Andalucía sirve como un recordatorio de que la Educación Social no nace de un vacío teórico, sino que hunde sus raíces en una larga tradición de prácticas de educación popular y promoción sociocultural. Conecta con la idea de que la profesión hereda el impulso de figuras como las de los "educadores de calle" o los animadores socioculturales, perfiles que surgieron para dar respuesta a necesidades sociales que el sistema formal no atendía. Esta

reconstrucción histórica es crucial, pues dota a la profesión de una "memoria pedagógica" —que evoca el espíritu de movimientos históricos como las Misiones Pedagógicas de la Segunda República española—, vacunándola contra la tecnocratización y la instrumentalización. Recuerda que la Educación Social es, en esencia, una pedagogía de la esperanza, nacida del compromiso con los colectivos históricamente excluidos.

Asimismo, el tratamiento de la Animación Sociocultural en el contexto de la era digital actualiza este legado histórico. Frente a visiones que la consideran una práctica superada, el libro la reivindica como un campo de acción estratégico para la construcción de comunidad y la participación ciudadana en un mundo cada vez más individualista y mediatizado. La Animación Sociocultural se presenta no como un mero conjunto de técnicas de entretenimiento, sino como una metodología para la "activación cultural", un proceso de empoderamiento colectivo que hoy encuentra en las redes digitales tanto nuevos riesgos (brecha digital, desinformación) como nuevas potencialidades (ciberactivismo, comunidades virtuales).

En su conjunto, esta primera sección del libro dialoga fructíferamente con los grandes teóricos que han definido la identidad de la Pedagogía Social en España. La insistencia en la dimensión política de la acción socioeducativa resuena con los postulados que defienden que toda práctica educativa es un acto político que o bien reproduce el orden social existente o bien contribuye a su transformación. La obra se alinea claramente con la segunda opción. De igual modo, la centralidad otorgada al "vínculo educativo" como herramienta principal de la intervención conecta con las tesis que sostienen que la Educación Social es, ante todo, un trabajo de filiación, de reinscripción del sujeto en el lazo social y cultural. Al (re)fundar la identidad profesional sobre esta triple base —un compromiso ético ineludible, una genealogía ligada a la emancipación y una praxis metodológica orientada a la comunidad—, la obra no solo proporciona a los futuros profesionales un anclaje seguro, sino que lanza un mensaje al conjunto de las políticas sociales y educativas: la Educación Social no es una profesión subalterna o meramente asistencialista. Es una disciplina con un cuerpo teórico y ético propio, cuya finalidad última es la expansión de la ciudadanía y la profundización de la democracia.

Si la primera parte de la obra asienta las bases identitarias, el núcleo del libro despliega la que, consideramos, es su apuesta estratégica más audaz y políticamente relevante: la defensa inequívoca de la incorporación de la figura del educador y la educadora social en el sistema educativo formal. Esta sección trasciende el debate corporativo para plantear una cuestión de calado pedagógico y social: ¿puede la escuela del siglo XXI cumplir con su

mandato de equidad e inclusión sin la aportación específica de la Educación Social? La respuesta que emana de los capítulos dedicados a este tema es un rotundo no.

El libro entra de lleno en un debate que ha sido una constante en la historia reciente de la profesión en España. La escuela ha sido tradicionalmente un "espacio anhelado y, a la vez, vedado" para la Educación Social, vista a menudo con recelo por una cultura escolar más centrada en lo curricular que en lo social. La obra de Rebolledo-Gámez y Cárdenas-Rodríguez busca derribar estos recelos no desde la reivindicación gremial, sino desde la argumentación socioeducativa. Se sostiene que la complejidad de los retos que enfrenta la escuela actual —segregación, abandono escolar, problemas de convivencia, brecha digital, salud mental del alumnado— desborda las capacidades del profesorado y exige la concurrencia de nuevos perfiles profesionales. El educador social no se presenta como un sustituto ni un competidor del docente, sino como un aliado indispensable, un profesional experto en la mediación entre la escuela, las familias y el territorio; un agente capaz de "tejer redes" y construir puentes allí donde la lógica puramente académica encuentra sus límites.

La argumentación se alinea con los avances legislativos más recientes, que abren la puerta a la incorporación de distintos perfiles profesionales en los centros. Sin embargo, el libro va más allá de la letra de la ley y explora el sentido pedagógico de esta presencia. El educador social en la escuela es conceptualizado como un "agente de conexión", cuya función principal es garantizar que la dimensión social del aprendizaje sea atendida. En la práctica, esto se traduce en la creación y dinamización de "planes educativos de entorno", la activación de comisiones mixtas con servicios sociales y sanitarios, la mediación en la resolución de conflictos, el desarrollo de programas de tutoría entre iguales o el acompañamiento personalizado en las transiciones educativas. Su labor se centraría en el diseño e implementación de proyectos de intervención comunitaria, la mediación intercultural, el acompañamiento a alumnos en riesgo de exclusión, el trabajo con familias y la dinamización de la participación del alumnado, entre otras.

El libro, además, aterriza esta propuesta en el contexto concreto de Andalucía, analizando las experiencias piloto y los programas existentes. Este anclaje en la realidad empírica dota al argumento de una gran solidez, mostrando que no se trata de una utopía abstracta, sino de una posibilidad real con efectos contrastados en la mejora del clima escolar y la reducción del fracaso educativo. Se pone de manifiesto que la Educación Social aporta a la escuela una "mirada periférica", una sensibilidad especial para detectar las necesidades y potenciar las capacidades de aquellos alumnos que, por sus condiciones sociales, culturales o personales, se encuentran en los márgenes de la vida escolar.

Esta defensa de la Educación Social "en" la escuela se articula, por tanto, como una crítica implícita a un modelo escolar que, a pesar de los discursos inclusivos, sigue operando a menudo con una lógica selectiva y homogeneizadora. La presencia del educador social se convierte en un catalizador para la transformación de la propia cultura institucional, impulsando a la escuela a abrirse al entorno y a concebirse a sí misma como un verdadero "centro comunitario". La meta es transitar desde una escuela que es para la comunidad a una escuela que es de y con la comunidad, un polo de desarrollo cultural y social en el territorio.

En este sentido, la propuesta del libro no es meramente aditiva (añadir un nuevo profesional), sino transformadora (cambiar la forma en que la escuela entiende la educación). Se aboga por un modelo de "educación a tiempo completo" (full-service schooling), en el que las fronteras entre la educación formal, no formal e informal se difuminan en favor de un proyecto educativo integral que acompaña al niño, niña o adolescente en todas sus facetas y contextos vitales. La Educación Social, con su experiencia en el trabajo en red y en el ámbito comunitario, es la disciplina idónea para liderar este tránsito hacia un modelo escolar más holístico y equitativo. La obra proporciona, en este punto crucial, no solo los argumentos teóricos, sino también las pistas prácticas para avanzar en la conquista de este espacio que, más que un nicho laboral, representa una oportunidad histórica para repensar el sentido mismo de la educación pública.

Si la apuesta por la escuela define el territorio estratégico, la adopción de un enfoque interseccional determina la perspectiva epistemológica y metodológica desde la que el libro propone actuar. La obra se hace eco de uno de los avances más significativos de la teoría social crítica de las últimas décadas y lo traduce de forma operativa al campo de la intervención socioeducativa. Se argumenta que una práctica que aspire a ser verdaderamente inclusiva y transformadora no puede seguir operando con categorías de análisis unidimensionales (género, clase, origen étnico, capacidad, etc.), sino que debe ser capaz de comprender cómo estos diferentes ejes de desigualdad se entrecruzan y se refuerzan mutuamente, creando experiencias únicas de opresión y privilegio.

Los capítulos dedicados a la atención a la diversidad cultural, la perspectiva de género y el enfoque interseccional son, en este sentido, de una enorme actualidad y sofisticación teórica. Se alejan de una visión folclorista o superficial de la interculturalidad, que se limita a celebrar la diversidad, para abrazar un enfoque de "interculturalidad crítica". Este enfoque no ignora las relaciones de poder que subyacen a las interacciones culturales y sitúa en el centro del análisis la lucha contra el racismo estructural, la xenofobia y la colonialidad del saber. La Educación Social, desde esta perspectiva, no es una mera gestora de la diversidad,

sino un agente activo de deconstrucción de estereotipos y de promoción de un diálogo intercultural basado en la equidad y el reconocimiento mutuo.

Es en la articulación de esta interculturalidad crítica con el feminismo donde el libro alcanza sus cotas más innovadoras. Se propone un feminismo interseccional como marco irrenunciable para la práctica socioeducativa. Esto implica, por un lado, visibilizar y combatir las múltiples violencias machistas que afectan a mujeres y niñas en todos los ámbitos de intervención. Pero, por otro lado, y aquí radica la clave interseccional, supone comprender que estas violencias no se experimentan de la misma manera por una mujer paya de clase media que por una mujer gitana, una migrante en situación administrativa irregular o una mujer con diversidad funcional. El educador o educadora social debe desarrollar una "competencia interseccional": la habilidad para analizar cómo el género se entrelaza con otros factores de discriminación y para diseñar intervenciones que no caigan en la trampa de universalizar la experiencia de las mujeres.

La obra ofrece, además, estrategias concretas para llevar esta perspectiva al terreno de la práctica. Se habla de la necesidad de realizar diagnósticos participativos que incorporen la voz de los colectivos subalternizados, de diseñar proyectos que empoderen a las mujeres desde el reconocimiento de sus diversidades, y de trabajar en red con asociaciones feministas e interculturales. Se insiste en la importancia de la auto-reflexión del profesional, de un análisis crítico de los propios privilegios y sesgos para evitar reproducir lógicas paternalistas o coloniales en la intervención.

Este enfoque conecta directamente con la tradición de las "pedagogías críticas", que entienden la educación como un espacio para la toma de conciencia y la acción política. Al adoptar la lente interseccional, la Educación Social se dota de una herramienta analítica de gran potencia para desvelar las raíces estructurales de los problemas sociales y para evitar las intervenciones meramente paliativas o individualizadoras. Permite pasar de una lógica de "atención a colectivos vulnerables" a una de "garantía de derechos y lucha contra las opresiones sistémicas". La propuesta del libro es exigente. Requiere de los profesionales una formación teórica sólida, una gran capacidad de escucha y una constante vigilancia epistemológica. Sin embargo, es una propuesta ineludible si la Educación Social quiere estar a la altura de la complejidad de nuestro tiempo. Al situar la interseccionalidad en el corazón de su propuesta metodológica, la obra no solo moderniza el discurso de la disciplina, sino que la reafirma en su vocación más profunda: ser una pedagogía de y para la justicia social en un mundo radicalmente diverso y desigual.

La sección final de la obra se encarga de expandir el campo de visión de la Educación Social, proyectándola desde los contextos de intervención más inmediatos hacia los grandes desafíos de un mundo globalizado. Los capítulos dedicados a la Educación para el Desarrollo y la Educación para la Salud funcionan como una declaración de intenciones: la acción socioeducativa no puede ni debe limitarse a la reparación de las fracturas sociales a nivel local; tiene también la responsabilidad de contribuir a la construcción de un modelo de desarrollo más justo, sostenible y saludable a escala planetaria.

El enfoque de la Educación para el Desarrollo que se presenta en el libro se aleja de las visiones asistencialistas o caritativas que a menudo impregnán el discurso de la cooperación internacional. Se adopta, en cambio, el paradigma de la "Educación para la Ciudadanía Global", que pone el acento en la comprensión de las interdependencias entre el Norte y el Sur Global y en la promoción de una ciudadanía activa y corresponsable con los problemas mundiales. La Educación Social se perfila aquí como una pedagogía política que busca fomentar el pensamiento crítico sobre las causas estructurales de la pobreza y la desigualdad, como el neocolonialismo, el extractivismo o la injusticia climática. Se trata de "educar para la transformación social", promoviendo valores como la solidaridad, la justicia social y el respeto a los derechos humanos en su indivisibilidad.

De manera similar, el capítulo sobre Educación para la Salud trasciende el enfoque biomédico tradicional, centrado en la prevención de enfermedades y la promoción de hábitos saludables individuales. Se aboga por una concepción integral de la salud, que la entiende como un estado de bienestar físico, psíquico y social, y que pone el foco en los "determinantes sociales de la salud". Desde esta perspectiva, la salud no es solo una cuestión de responsabilidad individual, sino que está profundamente condicionada por factores como la clase social, el nivel educativo, las condiciones de vivienda o la exposición a la contaminación. La labor del educador social en este campo consistiría, por tanto, en desarrollar intervenciones de "salud comunitaria", que buscan incidir sobre estos determinantes, promoviendo el empoderamiento de las personas para que tomen el control sobre su propia salud y la de su entorno.

Ambos capítulos comparten una misma lógica subyacente: la necesidad de conectar lo micro con lo macro. Se argumenta que la intervención socioeducativa en un barrio periférico de una ciudad española no puede desvincularse de las dinámicas globales que la condicionan. Los problemas de exclusión, precariedad o salud que se manifiestan a nivel local son a menudo el reflejo de un sistema económico y social injusto a escala planetaria. La Educación Social, por tanto, debe dotar a las personas y a las comunidades de las

herramientas para comprender estas conexiones y para actuar en consecuencia, convirtiéndose en agentes de cambio tanto en su entorno inmediato como en el escenario global.

Esta proyección global de la disciplina está íntimamente ligada a la Agenda 2030 y los Objetivos de Desarrollo Sostenible (ODS) de las Naciones Unidas. El libro muestra cómo la Educación Social es una pieza clave para la consecución de múltiples ODS, desde el fin de la pobreza (ODS 1) y la educación de calidad (ODS 4) hasta la igualdad de género (ODS 5) y la reducción de las desigualdades (ODS 10). Al alinear su praxis con este marco universal, la Educación Social no solo gana en relevancia y legitimidad internacional, sino que también encuentra un lenguaje común para dialogar con otros actores y para incidir en las políticas públicas.

Al finalizar el recorrido por Educación Social: teorías y ámbitos para la investigación e intervención socioeducativa, la impresión inicial se confirma y se amplifica: estamos ante una obra que, bajo la apariencia de un manual, encapsula una visión potente y transformadora de la disciplina. El libro coordinado por Rebolledo-Gámez y Cárdenas-Rodríguez no se conforma con describir el campo; lo interpela, lo tensiona y lo proyecta hacia un futuro en el que su relevancia social y política es más necesaria que nunca.

La gran virtud de la obra reside en su capacidad para tejer una narrativa coherente que articula cuatro movimientos estratégicos. Primero, una refundación identitaria que blinda la profesión con un sólido anclaje ético y genealógico, alejándola de la instrumentalización técnica. Segundo, una apuesta territorial decidida por la institución escolar, no como un mero nicho laboral, sino como el espacio neurálgico desde el que construir una sociedad más justa e inclusiva desde la infancia. Tercero, una sofisticación epistemológica a través de la adopción de la perspectiva interseccional, que dota a la disciplina de las herramientas analíticas necesarias para abordar la complejidad de las desigualdades contemporáneas. Y cuarto, una expansión de horizontes que conecta la praxis local con los desafíos de la ciudadanía global, alineando la Educación Social con los grandes proyectos de justicia social y sostenibilidad a escala planetaria.

Este ensayo ha sostenido que la suma de estos movimientos convierte al libro en un auténtico manifiesto. Un manifiesto que aboga por una Educación Social valiente, que no teme nombrarse como una práctica política; crítica, que no renuncia a desvelar las estructuras de poder que generan exclusión; y utópica, en el mejor sentido del término, como una pedagogía que, al tiempo que actúa sobre la realidad existente, es capaz de imaginar y construir futuros más esperanzadores.

Por supuesto, como toda obra ambiciosa, también abre interrogantes y deja entrever áreas para futuros desarrollos. Quizás se podría haber profundizado más en los diálogos de la Educación Social con otros campos emergentes, como las ecopedagogías, los estudios sobre la discapacidad (desde un enfoque no capacitista) o las intervenciones en el ámbito de la gerontología y el envejecimiento activo, desafíos todos ellos de primer orden en nuestras sociedades. No obstante, esta no es tanto una crítica como la constatación de la vitalidad de un campo que la propia obra contribuye a expandir.

En última instancia, el valor de la obra perdurará no solo por las respuestas que ofrece, sino por las preguntas que suscita y, sobre todo, por la inspiración que infunde. En una época marcada por la incertidumbre, la polarización y la crisis de los lazos sociales, este libro funciona como una brújula precisa y fiable. Ofrece a los estudiantes un mapa riguroso para iniciar su travesía profesional y a los profesionales en ejercicio, un estímulo para reflexionar, renovar y radicalizar su práctica. Es una obra que, sin duda, se convertirá en una referencia ineludible en la bibliografía de la disciplina, un recordatorio constante de que el fin último de la Educación Social no es otro que la lucha incansable por un mundo en el que sea menos difícil amar.